

Nueva-Zembla; pero visitan también la Nueva-Siberia, y aun algunos puntos del Continente.

Durante las largas noches de invierno del polo, cuando las brumas y las tempestades extravían al oso en su camino, ó bien cuando aguijoneado por el hambre se aleja del mar, suele establecer su cuartel de invierno en la Siberia, donde halla musgos y líquenes sepultados entre la nieve; y cuando viene de nuevo la primavera endereza sus pasos hacia su verdadera patria.

Rara vez se encuentra al oso blanco en el continente, entre la embocadura del río Lena y del Ienisei; y más rara vez aún entre el Ob y el mar Blanco; las montañas situadas más al norte y la Nueva-Zembla, le ofrecen mejores refugios.

El oso blanco abunda en América, sobre todo en los sitios donde menos tiene que temer del hombre. En el país de los esquimales, estos seres extraños, pequeños, combaten rudamente al único carnívoro que puede subsistir entre la desoladora y desnuda naturaleza, cubierta casi de eternos hielos. Los esquimales aseguran que el oso blanco se ve pocas veces más acá de las orillas del Mackenzie, y que escasea más en la parte occidental que en la oriental del continente americano.

Los movimientos del oso polar son pesados, pero vigorosos y sostenidos. Esto se observa, sobre todo, cuando nada. Scoresby aprecia la velocidad de la marcha del oso en el agua en 3 millas inglesas por hora, que soporta durante largo tiempo. Es tanta el agua que desaloja el oso por el volumen, que su peso es aproximadamente el del agua.

Hállase el oso nadando en plena mar á 40 millas de tierra, ó bien montado sobre pequeñas carámbanos de hielo, y así atraviesa estrechos y brazos de mar de centenares de millas.

Pasmosa es la habilidad que como nadador posee el oso blanco; y lo mismo nada entre dos aguas que se sumerge en su fondo. Coge con maravillosa destreza salmones, pesca para la que se necesita sepultarse en el fondo del agua. Durante mucho tiempo necesita alimentarse con carne; y aguijoneado por el hambre, ó bien por el peligro, deja sus movimientos tardíos y pesados, y salta y corre para apoderarse de su presa ó alejarse velozmente.

El oso tiene muy desarrollados los sentidos del oído y del olfato. Según afirma Scoresby, al recorrer los vastos mares helados, trepa por las montañas, caprichosos hacinamientos congelados denominados *hummocks*, para explorar desde su cima los vastos horizontes, y descubrir alguna presa.

El oso blanco percibe á una distancia inmensa el olor de una ballena muerta ó el de un pedazo de grasa echado al fuego.

El oso polar se alimenta con todos los animales que habitan en el mar ó en las inhospitalarias playas de las regiones donde habita. Su fuerza, superior á la de los otros osos, su agilidad en el agua, le permiten hallar fácilmente una presa.

Armado el oso de poderosas garras, abre sin esfuerzo, en el hielo, grandes agujeros, para llegar donde se propone. Su fuerza es tanta, que puede remolcar, sin embarazo, un grande y pesado animal marino durante muchas leguas.

En los mares donde numerosos buques pescan la ballena, halla muchas ocasiones propicias para recoger nutritivos despojos del cetáceo.

Hase notado que los osos aficionados á la ballena ofrecen en su pelaje tintes amarillentos, efecto, sin duda, de las grandes cantidades de aceite que engullen junto con la carne de la ballena. Los pescados de diferentes clases proporcionan también alimento al oso polar, y los coge, bien sumergiéndose en el agua, ó entre los bloques de hielo.

El almirante Krusenstern, en su *Viaje alrededor del mundo*, refiere, al hablar de su visita del Kamschatka, que, así que nota el oso polar que un gran número de pescados remontan el río, entra en el agua y se pone en acecho junto á tierra, poniendo las piernas de suerte que sólo ofrezcan un pequeño orificio por donde pasar los pescados, que siguen invariablemente la misma dirección. Cuando los peces llegan á la abertura del oso, aprieta éste las piernas, y salta con su carga á tierra, donde come su sabrosa presa.

El oso se trueca á veces en artificioso cazador. Cuando divisa una foca, silenciosa y prudentemente se desliza en el agua y nada en dirección contraria al viento. En aquellas regiones heladas, las focas hállanse cerca de los agujeros por donde penetran en el agua. El oso, conocedor de las costumbres de las focas, las atisba y caza en los momentos que salen de su guarida.

El oso polar sólo ataca á los animales terrestres cuando le falta alimento. Entonces su presencia en las costas produce grandes hecatombes entre los renghiferos, zorras azules y pájaros.

Cuando el oso blanco visita las costas de Islandia, sus moradores se juntan para batir al enemigo y ponen en salvo al ganado. Las costas de la Groenlandia son las más expuestas á las algaradas é invasiones del oso polar.

El capitán Scoresby cuenta que vió, en los hielos de



El oso del polo

la Groenlandia, tal número de osos blancos, que los compara á apretado rebaño, adornado con níveas lanas.

El oso polar, durante la crudeza del invierno, permanece sumergido en un semiletargo, casi sin comer.

La alimaña de los polos es el más terrible adversario que en aquellos sitios puede hallar el hombre. Cuando el oso traba batalla con uno de nuestros congéneres, éste sólo puede escapar con vida dejando muerto á su adversario. La bala que no se aloja en la cabeza ó corazón del oso no hace más que irritar á la fiera.

II

Los narradores verídicos nos pintan al oso blanco, en su lucha cuerpo á cuerpo con el hombre, arrancándole la lanza ó el fusil de entre las manos. Larga es la lista de tripulantes de barcos balleneros que perecieron, víctimas de su temeridad y arrojo, al ir en busca de la feroz alimaña de los polos.

La lucha con el oso en el mar ofrece menos peligros, porque su velocidad es menor que en tierra ó sobre los témpanos de hielo, y el buque ofrece, en su movable fortaleza, seguridad y abrigo al hombre. De suerte, que las desgracias que ocurren suelen ser producidas por imprudencias ó descuidos. Hace algunos años, un buque encallado entre el hielo, en la bahía de Davis, en las costas del Labrador, ofrecía, entre la naturaleza muerta y silenciosa, un característico espectáculo.

La nieve congelada formaba caprichosas montañas, con todas las figuras geométricas; pirámides y prismas en que la luz opaca, pálida y medrosa del polo se descomponía en extraños y misteriosos reflejos.

La embarcación era un ballenero, tripulado por diez hombres; seres arrojados, rudos, avezados á luchar con los elementos, y que ponían diariamente en peligro su vida á cambio de un puñado de oro.

Era la hora de la comida. Á despecho de la situación poco halagüeña en que se hallaba el buque, aislado, entre montañas y barreras de hielo, los marineros reían, alborotaban y comían con buen apetito las duras galletas y bizcochos, y las conservas, apurando sendos tragos de *kummel* y *brandy*.

Uno de los marineros dijo, entre carcajadas:

—Esta es la vez primera que visito el polo, y afirmo, por mi salud, que tengo por solemnes paparruchas lo que se cuenta de los osos blancos.

—No os riáis, Jonh,—dijo gravemente uno de los balleneros, hombre algo entrado ya en años;—el oso blanco es feroz, y su choque terrible para el hombre.

—Pues bien,—añadió Jonh, levantando en alto el vaso:—brindo para que se me ofrezca ocasión propicia de batirme con un oso blanco.

—¡Hurra por Jonh!—gritaron todos los marineros, levantando á su vez los vasos.

La Providencia no debía tardar en satisfacer al incrédulo marinero.

Dos días después, estando de guardia, mientras sus compañeros comían alegremente, Jonh vió, sobre un témpano de hielo, á un inmenso oso blanco.

Lleno de emoción, vió Jonh acercarse la alimaña, atraída, sin duda, por el olor de la comida.

El marinero no dió la voz de alarma, y solo, armado de acerado chuzo ó lanza, bajó del buque á los congelados témpanos, merced á una escala de cuerda.

Sin reflexión, ávido de alcanzar renombre y el aplauso de sus compañeros, Jonh se dirigió en derechura al encuentro del oso blanco, que, aguijoneado por el hambre, no retrocedió, y, antes al contrario, se puso derecho, erguido y en actitud de lucha.

Jonh, sin parpadear, y con gran ímpetu, dirigió su chuzo al pecho del oso. Éste, abiertas las fauces, y levantadas sus manos, armadas de poderosas garras, se lanzó sobre el marinero, y, cogiéndole con sus velludas patas, le apretó, haciendo astillas el cuento del chuzo.

Herido, bien que no mortalmente, el oso, cogió con sus dientes al marinero, y como si fuera una pluma le arrebató, huyendo velozmente de aquellos sitios.

Los gritos de los marineros, que, habiendo notado la desaparición de Jonh, habían sido, desde el buque, testigos de la temeridad de su compañero, no detuvieron al oso, y, antes bien, dieron alas á sus pies.

Por más pesquisas que se hicieron, no pudieron hallarse los restos del infortunado marinero.

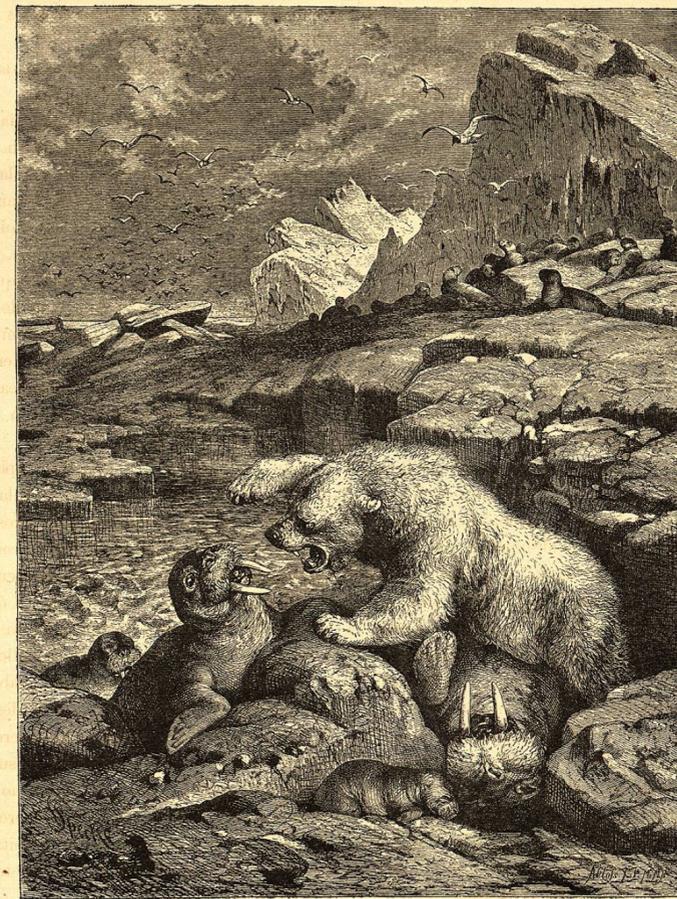
Los holandeses que descubrieron Spitzberg en 1596 tuvieron más de un encuentro con los terribles moradores del polo.

El buque que los conducía había anclado en una isla situada cerca del estrecho de Waigatz. Dos hombres de la tripulación bajaron á tierra, y se paseaban por la playa, cuando uno de ellos se sintió cogido bruscamente por detrás. Juzgó el marinero que era una broma de uno de sus camaradas, y dijo, con acento alegre:—¿Quién anda por aquí?

El otro marinero se volvió; y lleno de pavor, gritando:—¡Un oso! ¡Un oso!—dirigióse, corriendo, hacia la embarcación, dando la voz de alarma.

Los marineros, armados de lanzas y mosquetes, se dirigieron á dar auxilio á su compañero; pero era tarde, pues el oso había ya destrozado el cuerpo del marinero.

La fiera, lejos de huir, hizo frente á los tripulantes; y, arrojándose sobre uno de ellos, fué tal el pavor que infundió á los demás, que, dando gritos, pusieron pies en polvorosa, dirigiéndose hacia el buque.



Oso luchando con focas

Llegados á seguro los marineros, miráronse, avergonzados, unos á otros, echándose duros reproches. Tres resolvieron tomar venganza de la fiera, y avanzaron haciendo fuego; pero se hallaban á gran distancia del oso, y ninguna de las balas hizo blanco.

Uno de los tripulantes avanzó resueltamente, y, apuntando con serenidad, alojó una bala en la cabeza

del animal. El oso seguía teniendo entre sus garras el cadáver de su compañero, y fué necesario rematarle á bayonetazos.

El capitán Murwé, contó á Scoresby otro encuentro desgraciado con el oso blanco. En 1820, el navío de Murwé hallábase amarrado á un témpano del mar de Groenlandia. Otro marinero se empeñó también en ir